



El suéter de hilos dorados de Candelaria

ANA RODRIGUEZ



En una acogedora madriguera bajo el suelo de una vieja casa de campo vivía Candelaria, una cobaya de suave pelaje tricolor y ojos muy curiosos. Todas las tardes, ella observaba fascinada a la abuela humana tejer bufandas coloridas junto a la chimenea. El baile rítmico de las agujas de madera era el espectáculo favorito de la pequeña Candelaria.



Un día, aprovechando que la habitación estaba sola, Candelaria se acercó sigilosamente a la cesta de labores. Con mucho cuidado, arrastró hacia su rincón favorito un ovillo de lana de color amarillo brillante y dos palillos diminutos que había encontrado en el jardín. Su corazón latía emocionado ante la gran aventura que estaba a punto de comenzar.



Sostener las agujas con sus patitas redondas resultó ser mucho más difícil de lo que imaginaba. El hilo se enredaba una y otra vez formando nudos imposibles que parecían pequeños laberintos de lana. A punto de rendirse, Candelaria dio un suspiro triste mientras miraba su desordenado trabajo.



Por la ventana abierta apareció el viejo ratón de la biblioteca, quien al verla tan apurada decidió ofrecerle un sabio consejo. Le explicó que el secreto no era la velocidad, sino la paciencia y dar un puntito cada vez con amor. Con una sonrisa, el ratón le acomodó las agujas entre sus patitas para empezar de nuevo.



Siguiendo los consejos de su amigo, Candelaria practicó durante días enteros sin perder la esperanza. Poco a poco, el hilo rebelde comenzó a obedecer y una pequeña franja de tejido suave empezó a tomar forma. El orgullo brillaba en sus ojitos oscuros al ver su propio progreso.



Cuando la fría brisa del otoño comenzó a filtrarse por las rendijas de la madera, Candelaria redobló sus esfuerzos para terminar su obra maestra. Teñía mentalmente cada vuelta de color esperanza y calidez, imaginando el resultado final. Sus patitas se movían con una graciosa agilidad que ya no parecía la de una principiante.



Esa misma noche, la diminuta cobaya dio la última puntada y cortó el hilo con sus dientes con extrema delicadeza. Había tejido un hermoso y diminuto suéter amarillo, suave como una nube y abrigado como un rayo de sol. Estaba tan cansada como feliz por haberlo logrado por sí misma.



Al amanecer, Candelaria se vistió orgullosa con su creación hecha a medida para el frío invierno. Caminó despacio por la madriguera luciendo su suéter con una elegancia digna de la realeza de los roedores. Su pelaje ya no solo era tricolor, sino también el hogar de un sueño cumplido.



Los demás animales del jardín se acercaron asombrados al ver la maravillosa obra de arte que llevaba puesta. Con una generosidad infinita, Candelaria decidió que el siguiente ovillo lo usaría para tejerle una bufanda a su querido amigo el ratón. Todos comprendieron que el verdadero talento se multiplica cuando se comparte.



Desde aquella tarde, la pequeña cobaya se convirtió en la tejedora oficial de todo el prado y la más feliz del mundo. Cada vez que el viento soplabá con fuerza, un rincón del bosque se llenaba de colores cálidos y de la magia de nunca dejar de intentar.